

**BREVE HISTORIA DE
FIDEL CASTRO**

BREVE HISTORIA DE FIDEL CASTRO

Juan Carlos Rivera Quintana



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Fidel Castro
Autor: © Juan Carlos Rivera Quintana

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-762-6
Fecha de edición: Octubre 2009

Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores
Depósito legal:

*...adonde se vive entre paredones y cerrojos
también es el exilio. Y así,
con anillo de diamantes
o martillo en la mano,
todos los de acá
somos exiliados.
Todos.
Los que se fueron
y los que se quedaron.*

Rafael Alcides, *Carta a Rubén*
(su hijo exiliado).

ÍNDICE

Prólogo.....	13
Capítulo 1:	
Nacer en Birán	25
Dandy en el oriente cubano	29
Santiago es la ciudad que más me gusta	38
Capítulo 2:	
¿El Derecho y la aventura como profesión? ..	45
“El Bogotazo”: abrir caminos a patadas, codazos... y balas.....	53
“Bohemio” en la escalinata universitaria	58
Capítulo 3:	
Asalto al Cuartel Moncada (26-7-53)	69
¿Acción suicida?	72
Un marco de época necesario	79
Pa’ las montañas me voy	81
Juicio del Moncada (septiembre-octubre, 1953)	86

Capítulo 4:	
Presidio Modelo (1953-55):	
el agua por todas partes	93
La prisión fecunda.....	95
Libertad de lucha y deber.....	105
Capítulo 5:	
Exilio, desembarco y Sierra Maestra	
(1955-1958)	107
“México lindo y querido...”	109
Historia de amor y desamor	116
El yate Granma (1956):	
odisea ultramarina	118
Travesía y desembarco	122
“Ahora sí ganamos la guerra”	
(1957-58).....	125
Dos años cruciales en la Sierra	
y las ciudades	130
Capítulo 6:	
La epifanía de hacer la Revolución	
(enero/1959).....	141
Transición y primeras medidas	150
“Operación Verdad”	157
Patria o muerte vs. patria o vida.....	159
Capítulo 7:	
Playa Girón (17 abril/1961),	
una victoria rotunda	167
Sedición y desaparición:	
dos grandes golpes	173
Permanente hostilidad	178
“No decimos cree, sino lee”	181
“Joyas” escondidas de la CIA.....	186

Capítulo 8:	
Crisis de los misiles (1962)	
y nuevos peligros	189
Riesgos de lo nuevo	196
Muerte del guerrillero Ernesto	201
Capítulo 9:	
Internacionalismo fidelista (1975)	
y otras contiendas	205
Un quinquenio muy gris.....	207
África: un nombre extraño	215
Capítulo 10:	
Anatomía de una desilusión.....	219
Búsqueda de mayores espacios	222
El poder “hermana” hombres	228
El uno bajo la sombra del otro	237
Bibliografía	241

Prólogo

En la isla, desde que tengo uso de razón he vivido rodeado-acompañado-invadido por una figura omnipresente en mi vida, casi con el don de la ubicuidad, una personalidad mesiánica, avasalladora, carismática, testicular, voluntariosa, convulsiva, taimada y castradora, que sabe de todos los temas y al que hay que consultarle para todo inexcusablemente. Y les confieso que no hablo de mi padre, aunque casi lo era, pero no por obra de la consanguinidad. Hablo de Fidel Alejandro Castro Ruz, ese hombre vestido con traje militar de fajina, color verde olivo, con charreteras sobre sus hombros, de rombo rojinegro y rama de olivo de Comandante en Jefe, casi 1,90 metros de estatura, mirada de águila desconfiada, ojos pequeños y escrutadores, barba icónica —ahora rala y casi blanca— nariz isleña, con un esqueleto óseo ancho e imponente y alrededor de unos 80 kilos, en sus mejores tiempos, quien ocupó durante casi 50 años (para ser más

exacto: 49 años y 49 días) el poder en mi país: la República de Cuba.

Crecí rodeado de sus ideas; su prédica; los cuadros con su efigie, disfrazada de guerrillero heroico; su verba aplastante y encendido de consignas revolucionarias; sus diatribas y enconos; sus utopías-proyectos; sus materiales “programáticos”, que luego eran discutidos en los círculos políticos de estudio y te daban puntaje a la hora de la evaluación escolar integral. De niño aún recuerdo las horas y horas de discursos en mítines y reuniones, que eran televisados por los únicos dos canales que teníamos y con varias retransmisiones. Muchas veces se le ocurría hablar a la tarde, cuando llegaba la hora de mis dibujos animados y admito que solo en esas oportunidades me permitía odiarle y deseaba que, al menos, se cortara la transmisión televisiva por un desperfecto técnico, pero nunca sucedía. Después se me pasaba porque Fidel —“El Caballo”, como se le conoce en Cuba— era el que trabajaba a deshoras, el que luchaba contra el imperialismo yanqui, el que trazaba la línea política de mi país. Era Fidel el “benefactor” de todos los cubanos, el que decía lo que había que hacer; era el médico de familia, el vanguardia, el trabajador azucarero destacado, el político que nunca se equivoca, el estratega económico, el científico preeminente, el editor “perfecto”, el censor acucioso... Sin duda, lo era todo. Estaba en todos los lugares y lo abarcaba todo panópticamente... era el ojo que todo lo ve. Para más acoso, antes se ponían unos cartelitos en las entradas de las puertas de las viviendas cubanas que rezaban: “Esta es tu casa, Fidel”, o sea que ni viviendas teníamos, todo le pertenecía, por mandato divino y político al Comandante.

La primera vez que le vi personalmente yo estaba haciendo una guardia a la entrada de mi escuela secundaria, la Vocacional “Vladimir Ilich Lenin”, ubicada en el municipio capitalino de Arroyo Naranjo. Dicha institución con 4.500 alumnos, bajo régimen de internado y con disciplina militar, era otro proyecto, un sueño del Comandante, donde se formarían los nuevos cuadros políticos, los científicos, los artistas, los intelectuales, los ingenieros cubanos... Así se enunciaba entonces. No podía ser de otro modo en Cuba, donde todo lo pensaba y diseñaba él.

La institución estaba, en ese momento, en plena fase de terminación (había comenzado su proyecto y construcción en 1972, bajo la dirección del famoso arquitecto Andrés Garrudo), pero ya albergaba e instruía a los estudiantes de secundaria y preuniversitario. Faltaban pocos días para su inauguración y aquella mole de dormitorios, pabellones de clases, laboratorios de idiomas, anfiteatros, museos, comedores, centros de cálculos, bibliotecas, pistas de atletismo, huertos, áreas verdes, piscinas olímpicas, tanque de clavados y hasta un hospital y todo lo inimaginable ya tenía una dimensión imponente, abigarrada y descomunal, a un costado de la carretera, justo en el kilómetro 23 del centro de la ciudad habanera.

Recuerdo que era fin de semana y yo tenía puesto mi uniforme de caqui oscuro, de las labores agrícolas, y traía un palo de escoba en la mano. Era mediodía y el sol calcinaba demencialmente: 32 grados a la sombra. Yo rezongaba y maldecía de aquella guardia que me impediría ir ese sábado a mi casa para degustar los frijoles negros y las comidas de mi madre. Justo cuando estaba con esos pensamientos, vi por una esqui-

na de la garita principal donde me encontraba un *jeep* militar seguido de dos o tres autos más. Los vi entrar a toda carrera por la puerta y levantar una nube de tierra colorada y polvo amarillo. Me pegué un susto tremendo y solo atiné a levantar el palo, cuando el auto militar paró en seco dando un patinazo ridículo. De la ventanilla del auto, una cara barbuda que conocía muy bien, con gorra guerrillera me gritó, con un dejo de ironía:

—¿Y solo con ese palo pretendes defender la Revolución?

Era Fidel.

Yo solo atiné a reírme con nerviosismo y me mantuve mudo por la sorpresa, sin emitir palabra alguna por unos instantes y luego le contesté:

—Se hace lo que se puede... Si no hay pan se come casabe, como dicen los guajiros de Oriente.

El lanzó una carcajada estruendosa y me dijo que iba a recorrer la escuela para ver cómo estaba quedando y si estaría terminada para la inauguración, que si lo autorizaba a entrar. Entonces, me cuadré militarmente, con el palo de escoba como fusil sobre el hombro y le hice un saludo militar, en señal de aprobación. El *jeep* voló como un zeppelin hasta perderse de vista. Para ser mi primer encuentro con el caudillo tropical no estuvo nada mal. Después, a lo largo de mi vida —y ya como periodista profesional— me acostumbraría a verle con sistematicidad. Hasta me atrevería, en mi época de reportero de la *Revista Bohemia*, la decana de la prensa nacional, a salir justo en medio de sus discursos, pues ya sabía hasta el hartazgo qué diría y cuáles eran las cifras de las que echaría mano para hablar de

Felipe González y Fidel dan tres vueltas a la ceiba en el Templete, en La Habana, y piden un deseo. Junto a ellos, el autor del libro.



las bondades de la medicina, de los proyectos educativos, del desarrollo económico y de los “progresos” de la Revolución.

Días después, el 31 de enero de 1974, se inauguró la Escuela Vocacional Vladimir Ilich Lenin. Ese día fue mi segundo encuentro con el Comandante. Yo había sido designado para estar en el momento del recorrido de las autoridades políticas por la institución docente a un aula de artes plásticas, donde se estaría desarrollando una clase práctica de pintura. Fidel entró acompañado por una numerosa delegación extranjera, el cuerpo diplomático acreditado en la isla y por si fuera poco por el mentor, guía espiritual y padrino del alumnado: Leonid Ilich Brezhnev (1906-1982), secretario general del Partido Comunista (PCUS), de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La escuela había costado una fortuna y sería el rostro visible para el exterior del interés del proyecto

gubernamental por la educación, entonces había que mostrarla. Fidel persistentemente manejó, a cada momento y con la oportunidad adecuada, el marketing político, en eso siempre fue un verdadero experto. Por ello habíamos recibido de la URSS todo el mobiliario escolar, los útiles de laboratorios de física, química y biología, los equipos de audio de las cabinas de las aulas de lenguas extranjeras, los instrumentos agrícolas para el huerto escolar, que serviría para implementar el famoso método, que él denominó martiano, de combinar el estudio con el trabajo, pues solo de esa manera se llegaría a formar el verdadero comunista insular. Pobre José Martí (1853-1895), lo convirtieron en el autor intelectual, en el artífice de cuántos inventos o engendros surgieron en el camino; debe estar todavía disgustado en el paraíso o donde quiera que esté de tanto protagonismo y culpas malsanas.

Cierro los ojos y me parece volver a verle, en ese momento, con el rostro luminoso, casi insolente de alegría mostrar cada detalle de aquella institución, que formaría al “hombre nuevo” comunista. Nunca olvidaré a Brezhnev, que ya parecía una momia embalsamada, con aquel traje azul, lleno de condecoraciones de guerras y glorias pasadas, de medallas hasta en las mangas, cuyo peso casi le impedía moverse. Con aquel ambo de tela gruesa en medio de un trópico abrasador no me podía imaginar lo incómodo que se sentiría. El pobre anciano sonreía con cada palabra que el traductor ruso le prodigaba mostrándose interesado en todo, aunque en la práctica se estaba asando, literalmente, de calor como cerdo en púa, en fiesta de fin de año cubana.

En la clase de artes plásticas se nos había dado como ejercicio pintar una naturaleza muerta

y el instructor había puesto, encima de una mesa, en el centro del aula frutas: piñas, un mamey, plátanos maduros y una manzana de cera, porque en nuestro país una manzana de verdad siempre fue un espejismo. Con ello se había armado una composición modélica para dibujar. Cuando ellos llegaron, estábamos diseminados por todo el amplio laboratorio, inmersos en nuestra tarea, algunos con más talento que otros, pues esa clase formaba parte de la cursada de estudios de la nueva escuela para formar a hombres y mujeres sensibles en la apreciación del arte, según decían los estatutos programáticos de la institución, con pretensiones vocacionales. Pero no era más que una puesta en escena para los visitantes, pues era la primera clase que recibíamos y nuestros caballetes, potes de pintura, pinceles, sillas y hasta las cartulinas, de papel importado, que envidiaría cualquier pintor profesional de la isla, habían sido traídos a las corridas el día anterior para armar aquel retablo “plástico”.

Fidel explicaba, entonces, las propuestas educativas de la escuela y la posibilidad que ella brindaba de ir contribuyendo con la orientación profesional de los alumnos; de ahí que funcionarían talleres de teatro, danza, música, agrupaciones corales, etc. Al mirar los trabajos de algunos de mis compañeros los elogiaba con frases muy alentadoras; a otros les corregía alguna línea con “delicadeza” militar o le daba una recomendación, pues también hasta de arte pictórico sabía. Cuando llegó a mi caballete y miró de reojo lo que estaba pintando me comentó, medio en sorna, medio en son recriminatorio:

—Pero eso es una interpretación libérrima de las frutas. En mi vida nunca vi —y vengo del campo— plátanos azules, ni manzanas grises,

tampoco una piña con penachos tan grandes de color morado.

Solo acerté a mirarle fijamente a los ojos.

—El profesor habló de un ejercicio libre y yo me tomé muy en serio la consigna; quizás se me fue la mano con la creatividad.

Le contesté a modo de disculpas, intentando restarle tenor a lo que no era más que mi primer disenso, ya a los 14 años, con el Comandante en Jefe... posteriormente llegarían muchos más desacuerdos y muchas más desilusiones. Ese día advertí, a pesar de mi adolescencia, que para Fidel los conceptos de libertad y creatividad estaban ya bastante acotados y torcidos.

Después vendrían otros encuentros-desencuentros, otras anécdotas, que iré contando en la medida en que vayamos llegando a los hechos y recorramos juntos este derrotero sobre la vida, los aciertos y equívocos de Fidel Alejandro Castro Ruz (¿Fidel Casiano, Fidel Hipólito?, según las partidas de nacimiento y las distintas inscripciones), que pretende reconstruir, sin mitificaciones, la verdadera historia de uno de los líderes latinoamericanos y mundiales más discutidos y apasionantes del siglo XX, su espíritu casi camaleónico para atemperarse a las coyunturas históricas y la impronta que dejará, a su muerte, en las nuevas generaciones de la isla.

La obra intenta repasar el recorrido de la Revolución Cubana (1 de enero de 1959) y su proceso histórico dado a través de la figura tropical de su artífice, estratega y caudillo, revelando al hombre que hay detrás de ese mito, convertido en una de las figuras icónicas de todo un siglo. La evaluación está dada con la mirada de un cubano, nacido en 1960, que estuvo muy comprometido con el proceso revolucionario y hoy vive autoexi-

liado en Buenos Aires (Argentina), descrea de la política como profesión vitalicia, de los gobiernos atornillados a las sillas del poder y excesivamente personalistas y autoritarios.

La Revolución Cubana fue un proceso de insurrección nacional, un movimiento social, políticamente heterogéneo, que surgió como una reacción necesaria contra el gobierno de facto, de seis años y medio, de Fulgencio Batista y Zaldívar (1901-1973), conducido por ese “soldado de las ideas”, (como se autodefine), Fidel Castro Ruz, y otro grupo de jóvenes rebeldes, en su mayoría procedentes de las filas de la clase media, los trabajadores y los universitarios cubanos, que se envolvió en un aura libertaria y optó por la vía violenta para poner fin al régimen, instaurado tras el golpe del 10 de marzo de 1952, en momentos en que muchos isleños luchaban por restaurar los principios de la Constitución de 1940 y eran asesinados por la policía batistiana, entre 1957 y 1958.

Fidel Castro Ruz, llegó al poder con un doble perfil identitario: nacionalista y populista, ceñido a un discurso de restauración democrática y fue trocando su proyecto hasta instaurar un castrismo, que pasará a la historia como un “cesarismo de base comunista”, según la acertada definición del historiador español Antonio Elorza. El triunfo de su proyecto unipersonal y su conducción estratégica tuvo una gran repercusión y adquirió legitimidad, sobre todo entre los representantes de la izquierda de América latina y los sectores académicos intelectuales europeos del Primer Mundo, en la década del 60'. Fidel Castro protagonizó además algunos jalones importantes de la historia latinoamericana como los sucesos de Bahía de Cochinos en 1961, que pasaron a la posteridad

como la “primera gran derrota del imperialismo yanqui, en América”; la Crisis de los Mísiles en 1962, la ayuda financiera y entrenamiento militar en suelo cubano de muchos integrantes de los movimientos guerrilleros centroamericanos; la alianza del Gobierno revolucionario con la Unión Soviética y el proceso de soviétización de la sociedad cubana, de los 70’ y 80’ o la desovietización de los 90’, hasta llegar al colapso económico, la incompetencia burocrática, la corrupción a gran escala, el racionamiento, la esclerosis asfixiante de la vida cotidiana y la pervivencia de un régimen no democrático en la isla, que restringe libertades tan caras para los seres humanos, como el derecho a entrar y salir del país y a expresarse libremente.

Como ha dicho, recientemente, el ensayista cubano Rafael Rojas, “la historia de la revolución cubana es, en alguna medida, la historia del cuerpo de Fidel Castro”. Y convengamos que, en la actualidad, ese cuerpo hemorrágico y desgastado, debido a un crecimiento fulminante de células enfermas y tripas debilitadas, no logra regenerarse, como tampoco consigue la isla salir del precario estado de salud económica y social en la que ha quedado sumida después del retiro formal del anciano mandatario.

Esta obra será pues un itinerario por los avatares existenciales de ese patriarca caribeño, conocido llanamente por el nombre de Fidel: de rebelde con causa, a gestor y artífice de un proyecto que ilusionó a toda una generación y hoy suscita todo tipo de sentimientos, menos la indiferencia; todo tipo de adhesiones; muchos rechazos y, sobre todo, la diáspora imparable de sus propios protagonistas, en una cifra de más de dos millones de ciudadanos. Sin titubeos, esta no

será una biografía autorizada, ni mucho menos oficial y apologética; tampoco el periplo acre, corrosivo, ciego y amargo por una vida, responsable —en mucho todavía— de las felicidades y desgracias del pueblo cubano, que actualmente está a la espera de la muerte de su caudillo con la esperanza de que venga un cambio fundacional que les devuelva las ilusiones y el tiempo perdidos.

1

Nacer en Birán

Nadie parece partir ni retornar porque tal vez es más sencillo desearlo; los batientes anuncios de tormenta son escuchados apenas, y quienes miran al mar siguen masticando con la misma lentitud.

Emilio García Montiel, en *Bitácora*.

Lina Ruz González (1903-1963) no era primeriza, ya sabía lo que era traer hijos al mundo. Fidel iba a ser el tercer vástago, de una zaga donde estaban ya Ramón Eusebio (14.10.1924) y Ángela María (02.04.1923). No se podía hacer otra cosa que tener hijos, en medio de ese latifundio, de 10.000 hectáreas, en un sitio llamado Birán, en Mayarí, actual provincia de Holguín, la más oriental de la isla cubana, un pedazo de tierra negruzca, de temperaturas altas, casi asfixiantes y poca humedad, donde ni luz eléctrica había, perdido allá donde el diablo dio las cuatro voces y nadie lo escuchó.

La noche del 12 de agosto de 1927, comenzó a sentir fuertes dolores en la barriga y algunas contracciones en el bajo vientre y pensó que ya faltaba poco. Días antes, mientras paseaba por el inmenso naranjal, ubicado en el patio de la casona, le pareció que se orinaba, pero se tocó el pantalón interior y se dio cuenta que eran puras ilusiones; después solo sintió unos feroces punta-piés en la barriga picuda y presintió que el parto no iba a ser fácil.

La madrugada del 13 de agosto, cuando nació Fidel, su madre se incorporó de la cama e intuyó algo raro. Había tenido una premonición o había soñado, no sabía bien, que traería al mundo a una chiquilla rubia, de ojos azules relámpagos y piel de nácar, tan pálida y fina que parecía quebrarse. Esto la despertó sobresaltada y pegó un quejido, que se escuchó en toda la casona tipo chalet, de madera machihembrada, con techo de lata, edificada sobre pilotes de caguairán y otros troncos cimarrones del bosque. El alarido despertó e incomodó a Angel María Bautista Castro Argiz (1875-1956), su marido, un gallego medio bruto y cascarrabias, semi-analfabeto, proveniente de Lán cara, en la provincia de Lugo, en Galicia, España, propenso a comer demasiado y con gran talento para la organización y las cuentas, que comenzó como cortador de cañas y terminó con una fortuna notable, cercana al millón de dólares. Había comprado aquel pedazo de tierra, que consideraba una mina de oro, con un dinero del retiro que España ofrecía por la participación militar en la Segunda Guerra de Independencia, de 1895, contra los mambises cubanos y en su segundo viaje a la isla se “aplatanó”, se instaló para siempre.

Lina era una guajira isleña, natural de Las Catalinas, Guane, Pinar del Río, semi-analfabeta,

hija de un turco comerciante y una cubana pina-reña, con cara de resignación, ancestros españoles (canarios) y fama de tener ciertos poderes de adivinadora con las barajas de las copas y los bastos. Desde que cumplió los 18 años y se hizo toda una señorita, llamaba la atención por su aire desenvuelto en las casas donde se desempeñaba como empleada doméstica, su locuacidad, unos ojazos color tizón encendido y aquellas piernas larguísimas que parecían no tener fin, que serían la codicia de los viejos propietarios gallegos de feudos orientales, que soñaban con tenerla entre sus brazos, aunque más no fuera una noche, hasta que Angel, aún casado legalmente, decide juntarse en concubinato y convertirla en la señora de la casa. En 1918, contrae matrimonio con “el patrón” quien ya se había divorciado de su primera esposa María Luisa Argote, una maestra de Birán, con la que tuvo dos hijos: Pedro Emilio y Lidia. Algunos testimonios la recuerdan como una mujer alta y resuelta, que recorría las posesiones de los Castro a lomo de caballo, armada con un fusil americano Winchester y rara vez se la veía en la casa familiar como esposa hogareña y hacendosa.

Después de aquel alarido, Lina se levantó de la cama y descubrió que había roto la fuente y todo el colchón se había empapado. Caminó en silencio para no enojar a Ángel hasta un cuartito al final de la cocina, donde se estaba quedando por esos días la partera del batey, a la espera de que la señora alumbrara a la criatura. Entonces, sobrevinieron los dolores de parto y gritó cansinamente, pues ya se sintió manchada de sangre las piernas.

La comadrona solo atinó a llevarla a la sala, donde el viejo reloj de pared lanzaba dos campanazos secos, en la madrugada, y a acomodarla en un gastado sofá de madera y pajilla, pues ya

venía saliendo una cabeza muy grande entre las entrañas de la señora. Afuera llovía copiosamente y tronaba con furia. Cuando pudo palanquear a la criatura, con las manos y unos pedazos de sábanas viejas, que ya tenía preparadas, y tiró del cuello para facilitar el trabajo de parto, un bebé, de 12 libras de peso, berreó y se proyectó hacia el exterior cual una bala de grueso calibre. La partera trozó el cordón umbilical y comenzó a limpiar al chiquillo. Se lo mostró a la madre, quien aún sentía como si las tripas le estuvieran saliendo para afuera. Lina lo miró con dulzura, como solo saben hacerlo las madres generosas y comprobó que era un varón sano. Le llamó la atención que seguía pataleando y no dejaba de llorar intentando asirse a los brazos de la comadrona, como una forma de aferrarse a la vida. La partera, en ese momento, lanzó una frase premonitoria, que voló por la habitación como ánima en busca de cobija:

—Señora, este es más cabezón que los otros dos, de seguro será muy inteligente, pero llegó para quedarse y hacer de las suyas porque no quiere soltarme ni a palos.

El mismo Fidel Castro ha contado que llegó al mundo “poco después de las dos de la madrugada, en una noche de ciclón, plagada de truenos, relámpagos y lluvias torrenciales”. Posteriormente, Lina traería otros cuatro hijos más, a quien les puso por nombres: Raúl Modesto (03-04-1931); Juana de la Caridad (06-05-1933); Emma Concepción (02-01-1935) y Agustina del Carmen (28-08-1938). De todos ellos a Fidel solo le unirán lazos entrañables, que pasan sobre todo por lo ideológico, las complicidades y el poder, con Raúl.

DANDY EN EL ORIENTE CUBANO

Fidel ha dicho, repetidas veces, que el hombre es hijo de las circunstancias. Y precisamente él lo ha sido más que nadie en este mundo. Nació en un hogar acomodado, con influencias y contactos políticos y por ello fue formando un espíritu rebelde, antojadizo, consentido y hasta extravagante, que incluso le permitió manejar un automóvil de lujo, un Ford, desde temprana edad, en aquellos caminos polvorientos, entre negros haitianos, jamaicanos, españoles y judíos europeos en tránsito. Al hablar de sus orígenes ha reconocido haber nacido en un familia rica: “Recuerdo —ha apuntado— haber tenido varios pares de zapatos, cuando los demás niños iban descalzos y no haber tenido falta de nada en la vida”.

Birán no era un pueblo como tal, más bien un batey, una especie de feudo, donde Ángel era el mandamás, responsable en mucho de la formación y “prosperidad” de aquel caserío. La propiedad fue adquirida en 1914 por el patriarca de los Castro, quien venía de Galicia, España, y compró unas 300 hectáreas por un valor de 375 pesos (entonces equivalente a dólares) para la producción forestal, el cultivo azucarero y la cría de ganado. Lo primero que se edificó fue la casa familiar, de dos plantas, que terminó con unas 10 habitaciones, un cobertizo debajo para vacas y aves de corral y el camino real o guardarraya de acceso, que cuando llovía (de Pascua a San Juan) se ponía intransitable. Con el tiempo tiene lugar en Birán un anárquico proceso de “urbanización”, cuando son edificadas la panadería, la bodega, el taller de herramientas agrícolas, la taberna, una escuela, un correo-telégrafo, el bar-restaurante, una valla de gallos para la lidia y